

TESTAMENTO

DE DON GUINDO Y PASCUAL CEREZO

Pascual. ¡Ay de mí!
que estoy muy malo!
por Jesús que no estoy bueno!
tengo el estómago débil,
tengo muy flaco el pescuezo,
me titubean las piernas
y se me bambolea el cuerpo,
la cintura se me arruga
y se me encogen los huesos:
de la cama me he salido,
porque dicen que me muero
y quiero ver si la muerte
se me atreve á pie derecho.
Juro por los seis gigantes
que en la procesión del Corpus
salen bailando y brincando
con tamboril y pandero,
que no me puedo mover,
en una silla me siento,
ni aun sentado puedo estar:
¡ay que me duele el cerebro,
el estómago y las tripas!
¡ah, pobre Pascual Cerezo!
que discurro que la muerte
te está royendo los huesos:
es verdad por vida mía
que muy escurrío me siento;
que estoy ya desauciado
de Párias, ese gran perro:
al que en un cubo muy grande
le encubillara su cuerpo:
¿de qué te sirve el pulsar,
si no encuentro un Galeno
para mis penas alivio.
para mis males remedio?
¡Ah boticario insolente!
¿soy yo pelota de viento,
para que con tantos botes
me estés dando tal tormento?
Dí, sangrador condenado,
¿soy yo tuyo, gran camueso,
para que tantas picadas

me hayas dado con tu hierro?
todos me quitais del mundo
¡ay de mí! santos del cielo,
de este médico libradme,
del boticario y barbero:
vaya, yaya, malo estoy;
ganas de comer no tengo:
diez cuarterones de pan,
una libra de carnero,
cuatro cuartos de tocino,
seis camuesas y diez peros
es lo que hoy me he comido
y aun menos es lo que bebo,
siete limetas de vino,
y de aguardiente cien dedos
he bebido solamente,
miren que mantenimiento
para un hombre como yo!
D. G. Es usted el que está malo!
es usted Pascual Cerezo?
Pasc. Sí señor, yo soy, yo ero.
D. G. Y cómo está usted vestido?
Pasc. Bien claro está según veo.
que usted no me ha tratado,
pues yo nunca anduve encueros.
D. G. Usted me conoce á mí?
Pasc. Ni procuro el conocerlo.
D. G. Sabe á lo que soy venido?
Pasc. Tampoco quiero saberlo.
D. G. Es menester que lo sepa;
soy el escribano y vengo
á formar el inventario.
Pasc. Por Jesús que no lo entiendo.
D. G. Pues se lo diré mas claro:
vengo á hacer el testamento.
Pasc. El qué? testamento dijo?
vaya á testar á su abuelo.
D. G. El hombre está delirante.
Pasc. Delirante ni por pienso.
D. G. Efectos son de la fiebre.
Pasc. El será el fiebre ó podenco,
el galgo, el mastín, el gato,
el lobo... y aquí me quedo.
D. G. Deténgase en el hablar
Pasc. Cómo tiene de ser eso:
en el hablar detenerme,
cuando de pies no me tengo?
D. G. Vaya caiga de su burra.
Pasc. Demasiado estoy cayendo!
D. G. No llore que es una vergüenza.
Pasc. No he de llórar si os veo?
don Guindo, qué me quereis?
D. G. Amigo, lo que yo quiero,
es que me participeis
las prendas, ropa y dinero
para hacer el inventario,
y bajo este instrumento
se entregue lo que dejeis
al que nombreis heredero.
Pasc. Creo que donde usted está
no falta ninguno de ellos.
D. G. Por que así formais de mí,
gran bestia, ese tal concepto?
Pasc. Porque siendo usted escribano
todo cabe en su tintero.
D. G. Hable mejor ó le envio
mas que volando al infierno.
Pasc. No es mi pluma, amigo mio
la que á nadie daño ha hecho.
D. G. Varios hay que con sus plumas
han volado para el cielo.
Pasc. Si señor, y cuatro han sido
con ellos, san Juan, san Lúcas,
san Marcos y san Mateo.
D. G. Si se ha de hacer inventario
avise, y si no me vuelvo.
Pasc. Pues usted vuelva la hoja
y el inventario empecemos;
siéntese con mil demonios
y escriba cual fariseo.

Se sienta.

D. G. Poner quiero la cabeza.
Pasc. La cabeza no la dejo
ni al padre que me engendró.
D. G. Calle usted, porque no es eso.
Pasc. Usted ha de perdonar tan solo
lo que le fuere diciendo,
que será cosa por cosa.
D. G. La cruz ponga y diga presto...
Pasc. Ponga usted dos cornucopias,
mas, catorce candeleros
y dos espejos muy claros.
D. G. Ahora no se pone eso.
Pasc. Por qué razón, diga usted?
D. G. Porque se invoca primero
de Jesús el dulce nombre.
Pasc. Eso todos lo sabemos.
y para adorar la cruz
ponga lo que dicho hemos.
D. G. Luego no hay tales alhajas.
Pasc. No lo sé: mas siga el cuento.
Ahora ponga usted una burra
que tendrá como año y medío,
pies castaños, vela larga,
corto el rabo y ojos negros,
y ponga usted mas abajo,

que murió habrá dos inviernos.
D. G. Pues hombre si ya murió,
no es escusado el ponerlo?
Pasc. Toma, y el refran que dice:
despuės de muerto el burro
la cebada al rabo, etc.
Item mas, porque me acuerdo
ponga un orinal de paja.
D. G. Calle que eso es porquería,
y como todo se sale.
Pasc. Tan solo tiene un agujero,
yo me gobierno en el suelo.
Siga usted poniendo abajo
un cuadro que tambien tengo
en un lienzo muy delgado
y una santa Clara en medio?
D. G. Es pintura de valor
ó de algún pincel muy diestro?
Pasc. No señor, que no hay pintura.
D. G. Pues como lo comprendemos,
que no hay pintura que tiene
una santa Clara en medio?
Pasc. Es porque tiene un boquete
por donde yo me clareo.
Siga usted poniendo ahora,
un san Antonio muy bueno
que tenía siete cuartas,
pero ahora tiene dos menos.
D. G. Pues como ha disminuido
si es de bulto? No lo entiendo.
Pasc. Porque no tiene cabeza,
y le falta por el suelo
como cosa de una cuarta,
y por eso es mas pequeño:
libro tampoco lo tiene,
y las manos volaverum:
y el niño se fué á la gloria;
Item mas, pues que me acuerdo:
ponga usted una copa grande.
D. G. De cobre, metal ù hierro?
Pasc. Ni de cobre ni de metal,
que es la copa de un sombrero
que yo le corté las alas
porque no tomara vuelo.
D. G. Jesús, cuantos disparates.
Pasc. Escaparates no tengo:
ponga usted una papelera.
D. G Es de nogal ó de cedro.
Pasc. No señor que es solamente
una bolsa de pellejo
donde mis papeles traigo.
item mas, porque me acuerdo,
ponga usted una espada ancha.
D. G. No puede saberse el precio?
es acaso toledana?
Pasc. Aguarde usted, ya me acuerdo
que tengo solo la vaina.
Seis cobertores pondremos.
D. C. Decidlo al punto:
Pasc. De qué han de ser majadero?
todos de papel escrito
por mi pluma y mi tintero
de cuando estaba en la escuela:
item mas, ahora me acuerdo
y se me puede olvidar;
ponga usted una sala en pelo.
D. G En pelo? jamás he visto.
Pasc. Es porque no tiene espejos,
cuadros, láminas ni sillas,
ponga usted un reloj que tengo.
D. G. En donde está ese reloj?
Pasc. En dónde ha de estar podenco?
en la torre de la iglesia,
y por mas señas que es nuevo.
D. G. De eso no se hace inventario:
de aquello que fuere vuestro
acordaos solamente,
y de lo que está aquí dentro.
Pasc. Pues ponga usted un escribano
con su pluma y su tintero.
D. G. Esto ya pasa de burla,
y os dejo por majadero,
el no poderme vengar
es tan solo lo que siento.
(Hace que se vá.)
Pasc. Qué ¿se vá usted de ese modo,
D. Guindo, mi amigo y dueño?
Venga usted, voto á bríos!...
y el testamento acabemos.
D. G. Por oir sus simplezas
ya desenojado vuelvo
para hacer lo que me mande.
¿Que es lo que falta, Cerezo?
Pasc. Falta el hablar de las mandas,
de misas y del entierro,
y nombrar mis albaceas
y dar el viento postrero.
D. G. Pues vaya, disponga usted
á medida del deseo.
Pasc. De todo lo que he testado
tomará posesión de ello
el hijo del sacristan
que le llaman Burro viejo,
por otro nombre Curiana.
Este hará un fiel juramento
de no entregar ningun mueble

hasta que venga mi abuelo
que ya no puede tardar,
pues murió hace año y medio,
y porque tanto ha tardado
es regular venga presto.

D. G. Bien está quedo enterado.

Pasc. Usted aquí no hará más
que callar é ir escribiendo.

D. G. ¿Cómo dice usted que calle?
Por vida de...

Pasc. No juremos,
que en la casa que se jura
anda el diablo muy ligero.

D. G. Mire usted la hora que es.

Pasc. Las diez poco más ó menos.

D. G. No es eso lo que yo digo.

Pasc. Pues lo que yo digo es eso.

D. G. Lo que yo le digo es
que va á dar cuenta muy presto.

Pasc. Yo á nadie debo nada,
todo lo tengo pagado.

D. G. Ea, dejemos las chanzas.

Pasc. Por Jesús, no me chanceo.
Sigamos con lo que importa;
lo primero es lo primero.
Y es que no me enterrarán
hasta que ya esté bien muerto;
en bóveda no ha de ser,
en un hueco mucho menos,
que ha de ser dentro de un pozo
para mantenerme fresco,
y con los cinco sentidos,
y los miembros de mi cuerpo
juntos con las tres potencias
pues que necesito de ellos;
esta es mi voluntad
hágase lo que refiero:
primeramente, mi vista
es para Juanico el ciego,
y le pido que me cante
el romance de Oliveros;
y el oido se lo mando
á el sordo Diego Conejo,
que anda muchas fatigas
acarreando pellejos
con obligación precisa
que siempre que oyere un trueno
de los que sueltan las burras
le diga muy serio, cuerno!
misas no dejo ningunas,
pues ni vivo las entiendo;
cera encendida tampoco,
porque á oscuras mejor duermo.
Y pues que me muero solo
no quiero acompañamiento;
y con eso Dios os guarde
los años de mi deseo.

Fin.

—SEVILLA—
Imprenta y librería de D. José Guillermo Fernández,
Cánovas del Castillo 33.